

JUAN NUÑO

## WITTGENSTEIN: SILENCIOS Y TRAICIONES

**Abstract:** Over the last thirty-five years, Wittgenstein's writings has produced a bewildering diversity of interpretations, which seem united only by the subject matter. There are many arguments purporting to show that Wittgenstein's philosophy is either cryptic or inexhaustible. Most often, these claims are made in terms of the intractability of the Wittgenstein's writings with which interpreters must contend. In this paper I provide a brief argument on behalf of the Ferrater Mora's essay, "Wittgenstein or the destruction". I do so to offer a virtual defense of Wittgenstein's silence.

En realidad, Wittgenstein está lleno de silencios en su vida y en su obra. Hay silencios para todos los gustos: personales, históricos, metafísicos, voluntarios o prestados.

En lo más personal, está el silencio sobre su vida íntima y sus costumbres, que comenzó a romper Bartley con calamitosas insinuaciones, nunca plenamente probadas. Es cierto que Wittgenstein hizo de su vida (y luego de su obra) un misterio. Misterio que apenas comenzó a desvelar Norman Malcolm, ayudado de von Wright, en 1958. A partir de ahí, todos dijeron algo sobre Wittgenstein, desde Russell hasta Roes, pasando por Anscombe y Ayer. La última (por ahora) y más completa biografía es la de Ray Monk, de 1990, por más que una francesa, Christiane Chauviré, publicara en 1989 una excelente biografía intelectual, esto es, aquella en la que, a través de la vida de Wittgenstein, se va descifrando o al menos exponiendo su pensamiento.

\*\*\*

En vida, Wittgenstein tuvo dos grandes momentos de silencios: cuando se retiró a las montañas austriacas a ser simple maestro de escuela, renunciando a la filosofía y a su fabulosa herencia, y cuando tras publicar en 1929, en las *Proceedings of the Aristotelian So-*

ciety, el artículo "Some Remarks on Logical Form", no volvió a publicar jamás ni una línea. Lo que le convierte en el autor de un solo libro (*cave ab homine unius libri!*), el *Tractatus*, y de un ensayo, el ya citado artículo sobre la forma lógica. Silencio editorial total, huída de la publicidad, ensimismamiento, dedicación académica íntegra. Sabido es que todo lo que, aparte de esos dos únicos textos, ha sido público es póstumo, comenzando por las *Philosophische Untersuchungen*. Algunos de esos textos se encontraban, en vida de Wittgenstein, en estado casi editorial, pero otros eran simples apuntes, borradores e incluso algunos son, tal como sucedió con Aristóteles *mutatis mutandi*, notas tomadas por alumnos, permanentes u ocasionales. En ese sentido, bien puede decirse que a Wittgenstein también le ha alcanzado la maldición del gran creador, cuya obra (o restos de obra) son disputados, en el juego de ver quién publica más, una vez desaparecido el genio. No otra cosa ha sucedido con Sartre y ya está sucediendo con Borges. Ironía estremecedora es el caso de Wittgenstein quien huía de la exposición pública, quien tenía horror de sacar a la luz sus pensamientos, se ve exhibido sin pudor alguno en el *strip-tease* más indecente que imaginarse pueda.

Pero los silencios más importantes de Wittgenstein son los silencios metafísicos. Desde aquel tan repetido con el que cierra el *Tractatus*, a modo de divina o *motto*: *Wovon man nicht sprechen kann, darüber muß man schweigen* (7) hasta los sugeridos, tanto al referirse a la ética como al escribir las *Investigaciones*. Esos silencios han dado pie a más de un exégeta para desbocarse: de Wittgenstein se ha dicho de todo: místico, censor, alumbrador del inconsciente, freudiano o junguiano, según el interés de cada intérprete. Cuando, de hecho, el silencio, la infabilidad propuestos por Wittgenstein no tienen nada de misterioso. Son auxiliares de su pensamiento, referentes indirectos, telón de fondo, como él mismo apuntó en aquel Diario, en el año 1931, al que al publicarlo (por el inevitable von Wright, en 1977) le dieron el título de *Vermischte Bemerkungen*.

Lo inefable (*das Unaussprechbare*), lo que me aparece pleno de misterio, de secreto (*geheimvoll*) y no soy capaz de expresar quizá proporciona el trasfondo (*der Hintergrund*) sobre el cual recibe significado lo que puedo expresar.

De alguna manera, el juego hermenéutico que se ha hecho a costa de Wittgenstein, prácticamente infinito, es el precio a pagar por la fama súbita y aplastante que le sobrevino a partir de los se-



senta. Otra ironía: quien más hizo por ocultarse, por pasar desapercibido, por ser discreto y hasta mudo, se ve transformado en el filósofo más difundido, comentado y aun locuaz, falsamente locuaz, por boca siempre de otros, dedicados a la inagotable tarea de comentarlo.

\*\*\*

Es, sin duda, la mayor traición a Wittgenstein. Recuérdese aquella frase, no tan misteriosa como parece a simple vista y que resume su afán de autolimitación discreta: *Wo Andre weitergehen, dort bleib Ich stehn*, "Allí donde los otros continúan, yo me detengo (me quedo quieto)". Los otros: los que siguen, los que continúan laborando un terreno que ni siquiera es suyo, los que siguen sacando agua, antes de los falsos problemas, ahora del pozo inagotable que es el propio Wittgenstein. Los filósofos. Hasta eso había previsto. Lo sentenció en 1949, apenas año y medio antes de su muerte: "Siempre hay más hierba para los filósofos en los valles de la imbecilidad que en las áridas cumbres de la inteligencia".

Quizá tanta locuacidad, tanta propaganda, tanta resonancia en torno a Wittgenstein sea algo así como una forma de compensar la conciencia culpable por haberlo ignorado o al menos preterido durante años y años. Es cierto que el propio Wittgenstein se encerró en Cambridge, en sus peculiares cursos, en sus cuadernos y en sus reducidos alumnos. Pero no lo es menos que, pese a sus esfuerzos por cubrir sus actividades con una capa de modestia académica, éstas no pasaban desapercibidas. Consúltese la autobiografía, asaz laudatoria, de Popper para comprobarlo: en esa *Unended Quest*, cuenta Popper a su manera la historia del atizador de chimenea (poker) en la habitación de Wittgenstein y el supuesto desconcierto (siempre según Popper) que su pregunta le causara a Wittgenstein. Por lo menos revela la necesidad que tenían personajes como Popper de ir a visitarlo y aun de molestarlo con sus impertinencias. Aunque no es menos verdad que en los cincuenta y aun a principio de los sesenta, Wittgenstein seguía siendo el gran olvidado, el puesto a un lado, el contaminado de la filosofía. Puedo asegurar, por experiencia directa, que en Cambridge de 1952-53 nadie hablaba de Wittgenstein, que tan sólo hacía un año había fallecido allí mismo. Malcolm, el fiel alumno americano, se atrevió a salir a la palestra con su *Memoir* en 1958. En el Congreso Internacional de Filosofía de Viena (setiembre de 1968), Leo Gabriel, filósofo católico austriaco, organizador del Congreso, al ser preguntado por mí por la dirección en

Viena de la calle donde Wittgenstein había construido una casa para una de sus hermanas, excusó así su total ignorancia de lo que se le preguntaba: “*Usted sabe, para nosotros Wittgenstein es un filósofo inglés...*”.

Todo eso ha cambiado. Quizá demasiado.

\*\*\*

Por todo lo dicho tiene aun más mérito un trabajo muy poco conocido y menos difundido de José Ferrater Mora acerca de Wittgenstein. Lo publicó en 1949 (marzo-abril) en Buenos Aires, en *Realidad, Revista de Ideas* (nº 14, vol. V). Lo tituló “Wittgenstein o la destrucción”.

Ante todo, la fecha. Hacerlo en 1949, cuando Wittgenstein era prácticamente un desconocido, no se diga para el mundo de habla hispana, sino para el mundo *tout court*. Y además darse cuenta de entrada de la magnitud de Wittgenstein, pues el trabajo de Ferrater comenzaba:

Si el mundo recobra un día la calma y decide que la importancia de un hombre puede no depender de la cantidad de gacetillas que se le consagran, descubrirá que uno de los genios de nuestra época es un vienés, profesor en Cambridge, llamado Ludwig Wittgenstein.

La intención de Ferrater no es nada oculta: frente a la fama estentórea y ruidosa de otros (concretamente, Sartre), se yergue el silencio en torno al genio, si no desconocido, al menos marginado, preterido. Es lo que molestó a Ferrater y probablemente lo que le motivó a escribir su ensayo, de una perspicacia y penetración poco usuales. Por lo mismo, Ferrater lo cierra con esta queja:

No es culpa de nadie si por el momento...atendemos mucho menos a lo que dice un oscuro profesor de Cambridge que a lo que proclama un célebre dramaturgo en París.

Diez años más tarde, los franceses reprodujeron el trabajo de Ferrater, debidamente traducido (*Les Lettres Nouvelles*, juillet, 1959), conservando el título: “Wittgenstein ou la destruction”. Al inglés había sido traducido antes, pues Ferrater fue durante mucho tiempo profesor en varias universidades norteamericanas.

\*\*\*

Ferrater insiste antes que nada en la vinculación del pensamiento de Wittgenstein con el entorno epocal. No hay que olvidar



que Ferrater lo escribe en 1948 (se publica un año después), a sólo tres de terminada la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial y habiendo ya comenzado la llamada "guerra fría". Quizá por eso Ferrater sostiene que Wittgenstein posee "*la facultad pasmosa de reflejar la trágica grandeza de nuestra época*". Aquí "nuestra época" es muy amplio: cubre de hecho toda la primera mitad del siglo y dentro de ella se inserta la única obra hasta entonces conocida de Wittgenstein, su *Tractatus Logico-Philosophicus*. Suficiente para que Ferrater crea que ese libro le ha servido a Wittgenstein "*como trampolín para dar el mayor salto que pueda darse en el camino hacia el abismo*". ¿Cuál sería ese abismo?

Ferrater no se está refiriendo a nada del mundo histórico, a ninguno de los terribles acontecimientos por los que pasó la humanidad (dos guerras mundiales, invasión a China, Etiopía, comunismo, fascismo, nazismo, guerra española, Holocausto). A lo que se refiere Ferrater es a la descomposición, a la liquidación de la filosofía, efectuada limpia y quirúrgicamente por Wittgenstein: "*Wittgenstein y la destrucción equivalen a la misma cosa... es el genio de la desintegración, de la destrucción, de la ruptura*". Y la desintegración aludida es la radical supresión del quehacer filosófico, objetivo último de la tarea de Wittgenstein: "*A medida que transmite su pensamiento, Wittgenstein se ve obligado a eliminarlo... Por una razón absolutamente radical: porque la tendencia última e inevitable de tal modo de pensar es la supresión del pensamiento... El término final de desenvolvimiento de este pensar que se aniquila a sí mismo sería la absoluta y radical mudez...*" (subrayado de Ferrater).

En efecto, a eso llegó Wittgenstein y en eso se mantuvo, al menos públicamente. Su orgullosa *Wille zum Geheimnis* lo llevó a enclaustrarse a la vez en Cambridge y en el *Tractatus*. Todo cuanto ha salido después ha sido editado por cuenta y riesgo de los albaceas testamentarios (entre los cuales, Anscombe, Rhoes y von Wright), pero nunca se sabrá si tal hubiera sido la voluntad del autor.

Esto es: Ferrater, ya en 1949, se percata del carácter radical y anti-filosófico del pensamiento de Wittgenstein. En la marca del genio: al menos desde Hegel, todo gran pensador (Marx, Nietzsche) ha creído que su filosofía sería la última filosofía, la que haría innecesaria la obra filosófica, la que cerraría el largo camino emprendido desde los griegos. Cada uno lo cree así por una razón particular; Hegel, por la realización del Espíritu Absoluto y la consiguiente detención de su marcha en la historia; Marx, por la superación de las

oposiciones y la implantación de una sociedad no dividida; Nietzsche, por la eliminación de una moral del resentimiento y el surgimiento de otra forma de humanidad, activa y superior. Y Wittgenstein porque diagnosticaba la raíz del mal: pensar es una consecuencia del lenguaje y, una vez estudiado éste, se verá que los pensamientos filosóficos son en definitiva malos planteamientos lingüísticos, falsos problemas, cuya disolución (no resolución, sino disolución, desintegración, como vio Ferrater) culminará un largo proceso de equívocos. Ese es el aspecto terapéutico que hay en Wittgenstein y que Ferrater no deja de advertir: "*El psicoanalista intelectual, el positivista terapéutico desmontará una por una las capas de lenguajes y sublenguajes que se entrecruzan en la supuesta alma del paciente... Para ello tendrá que emplear no sólo el bisturí, sino la mano del almirante. Su actividad destructora de cuestiones será infatigable. Lo primero que hará ante una 'cuestión' será entonces obvio: pulverizarla*".

\*\*\*

Aquel ensayo de Ferrater no pasó de ser una voz aislada, prácticamente perdida: *vox clamantis in deserto*. El redescubrimiento de Wittgenstein se inició hacia mediados de los sesenta, ante todo por el interés que mostraron los analíticos oxonienses en ponerse bajo su protección, entendiéndolo por tal únicamente las *Philosophical Investigations*, no el *Tractatus*. Otra vez se repitió la farsa y el abuso: así como los del Círculo de Viena creyeron que el *Tractatus* los representaba e hicieron de él, de algún modo, su Biblia, de igual modo los analíticos del lenguaje ordinario se refugiaron bajo la frondosa sombra de las *Investigaciones*. Con una diferencia nada desdeñable. En el primer caso, Wittgenstein vivo pudo protestar la adscripción gratuita y dar más de una prueba de que no sólo no tenía nada que ver con el Círculo de Viena, sino que incluso se situaba muy al margen de ellos, tanto por su visión de la lógica como por su concepción y empleo de la matemática. Pero en la segunda ocasión en que usufructuaron su nombre y buscaron su patrocinio, Wittgenstein no pudo decir nada: ya había muerto. Por eso pudo circular libremente la leyenda del Wittgenstein oxoniano, santo patrono de analistas como Austin y Wisdom. Por supuesto, quedaba el engorro del *Tractatus*, esto es, tenían que explicar por qué quien abrió el camino al análisis del lenguaje cotidiano, había incurrido en el desliz del positivismo lógico, del que se reclamaban los Carnap y los Ayer, tan distintos si no opuestos a los analíticos. Para no mencionar a Russell,



padre espiritual lejano y promotor original de Wittgenstein.

Para acomodar la discrepancia inventaron la explicación *ad hoc* del doble Wittgenstein. Hay un Wittgenstein I, que escribió el *Tractatus* y luego sobreviene el "verdadero" Wittgenstein, el Wittgenstein II, el autor de *Philosophical Investigations*, renegador él mismo del *Tractatus*. Otra vez, con Wittgenstein, se repite otra de esas maldiciones que acechan a los genios, no sólo filosóficos. Ya había sucedido con Marx. También el mundo de los marxólogos se rompió entre los que sostenían que el "verdadero" Marx era el anterior al *Capital* y a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* y quienes, por el contrario, como el insufrible Althusser, sostenían que el "auténtico" Marx es el que se inicia después del "corte epistemológico", cuando se despoja de los restos del humanismo hegeliano y romántico. Un Marx con rostro humano y un Marx con la adusta faz del implacable economista. Así, vuelve la farsa en Wittgenstein: un Wittgenstein entregado a la lógica y a la tabla de valores y un Wittgenstein desencantado del vacío juego simbólico y sumergido en la riqueza del lenguaje total.

\*\*\*

Para levantar semejante escisión, para sostener el mito de los dos Wittgenstein, es necesario olvidar que para Wittgenstein toda reflexión es siempre sobre el lenguaje, lo mismo en el *Tractatus* que en las *Philosophische Untersuchungen*. No hay dos Wittgenstein, sino uno y el mismo, que primero (*Tractatus*) analiza el lenguaje para depurarlo y aun reducirlo a su última estructura, despojándolo, de paso, del mundo: *Das ganze Resultat der ganzen Arbeit ist das Linksliogenlassen der Welt*, "Todo el resultado de todo el trabajo es hacer caso omiso del mundo". Y por si no se ha entendido bien, agrega: *Das In-die-rum polkammer-werfen der ganzen Welt*, "Arrojar al mundo entero en el cuarto de los trastos, en el desván" (*Vermischte Bemerkungen*, año 1931). Por lo mismo el *Tractatus* comienza cosmogónicamente diciendo, en análisis lingüístico, de qué se compone el mundo y siguiendo con la depuración total de sus componentes. Las *Investigaciones* son la consecuencia radical de la tarea emprendida en el *Tractatus*. Llegar hasta la forma lingüística más aparentemente normal y cotidiana para probar la misma tesis que en el *Tractatus*, es el lenguaje el que forma los falsos problemas de que se nutre la filosofía. O dicho al revés: el *Tractatus* es la aplicación elemental, algebraica, de las *Investigaciones Filosóficas* sobre el lenguaje. Pruebas: reléase 5.5563: "Todas las proposiciones de

nuestro lenguaje cotidiano (*Umgangssprache*), de1 hecho, tal y como son, están perfectamente ordenadas. Esta simplísima aseveración, que es menester formular aquí, no es una comparación, una imagen (*Oleichnis*) de la verdad, sino la propia y absoluta verdad'. Y no se olvide lo expresado en 5.6: "Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo" (El énfasis es de Wittgenstein). ¿Podría haber suscrito esto un Carnap? ¿De dónde entonces el mito de los dos Wittgenstein?

\*\*\*

Por supuesto, el "segundo" Wittgenstein, esto es, el que ha cobrado semejante fama y alcanzado una resonancia tal que en su nombre se escriben novelas de misterio (J. H. Watson, *The case of the philosopher's ring*), libros autobiográficos (Thomas Bernhard, *Wittgensteins Neffs*) y hasta se ha compuesto en Nueva York una sinfonía para el *Tractatus*, es el Wittgenstein que permite todas las interpretaciones. Tercera y más dramática ironía: quien aspiraba, por un lado, a la claridad y transparencia y, por otro, al doble cierre de su pensamiento (sobre sí mismo y sobre su filosofía), se ve sometido a la maldición de los incontables hermeneutas que no dejan de acosarlo, como si su obra, en lugar de una ambiciosa ley del cierre filosófico fuese una invitación permanentemente abierta a seguir el juego de las especulaciones más descabelladas. En Wittgenstein puede ver todo lo que quiera ver quien se empeñe en verlo: su prosa es lo suficientemente ambigua como para admitir todas las lecturas. Aun la del *Tractatus*, pese a su rigor de concisión y a su ordenación numérica, está abierta a la permanente exégesis.

Por ejemplo (sólo para detenerse en uno): se insiste últimamente mucho en que es absurdo tildar de "pragmática" la postura de Wittgenstein en filosofía. Para opinar así, es menester cuando menos olvidar dos puntos esenciales.

Uno : *Vermischte Bemerkungen*, año 1937: "El origen y la primitiva forma del juego de lenguaje es una reacción; sólo sobre esa reacción pueden desarrollarse las formas más complejas. Quiero decir que la lengua es un refinamiento, pues *im Anfang war diu Taf*", cierra Wittgenstein citando el acto I del *Fausto* goethiano;

Dos: La única manera de comprender la filosofía de la matemática de Wittgenstein es aceptando su visión pragmática, aplicativa, de la matemática. No porque fuera ingeniero de formación, sino por haber frecuentado al Russell de *Principia Mathematica*, esto es, al Russell que propone solucionar las paradojas engendradas por la



teoría de conjuntos mediante la teoría de tipos, que en definitiva se levanta sobre la distinción en el uso del lenguaje y el metalenguaje (el lenguaje tomado como objeto de sí mismo). Algo que jamás Wittgenstein aceptó (todo el *Tractatus* versa sobre ese rechazo). Por eso, fiel a sí mismo, termina por sostener que no es problema alguno si, en el curso del análisis matemático, surge una contradicción. Simplemente, se sigue adelante y se deja el escollo (la contradicción) a un lado. Todo lo contrario de lo que sostenían los otros matemáticos: logicistas, formalistas, intuicionistas, horrorizados todos ante la amenaza de la contradicción en el sistema. De no ser así, no se podría explicar Gödel.

\*\*\*

Hay que volver al ensayo aquel de Ferrater: si Wittgenstein levantó con su obra el trampolín para saltar al abismo, ¿acaso no hemos sido demasiado complacientes en dar el salto alegremente y caer en el abismo sin fondo de su pensamiento indescifrable?

JUAN NUÑO

Universidad Central de Venezuela